



Azonín LA FAMA PÓSTUMA

COMUNIDAD AUTONÓMA DE LA REGIÓN DE MURCIA

Presidente

Fernando López Miras

Consejera de Turismo y Cultura

Miriam Guardiola Salmerón

Secretaria General de la Consejería

María Casajús Galvache

Director General de Bienes Culturales

Juan Antonio Lorca Sánchez

EXPOSICIÓN

PROMUEVE Y ORGANIZA

Fundación Caja Mediterráneo

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

Consejería de Turismo y Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

Museo Arqueológico de Murcia

COLABORA

Excma Diputación de Alicante

Sala temporal del Museo Arqueológico de Murcia

Septiembre - Noviembre de 2018

COMISARIOS

José Payá Bernabé

Ramón F. Llorens García

COORDINACIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Servicio de Museos y exposiciones

Dirección General de Bienes Culturales

TRANSPORTE, MONTAJE E INSTALACIÓN

Expomed, S.L.

CATÁLOGO

EDITA

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Consejería de Turismo y Cultura

Dirección General de Bienes Culturales

Museo Arqueológico de Murcia

DISEÑO

QC CREATIVOS S.L.

IMPRESIÓN

Ekipo Medios S.L.

© de los textos: los autores

© de las fotografías: los autores

© de la presente edición: Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

Consejería de Turismo y Cultura. Dirección General de Bienes Culturales

AGRADECIMIENTOS

Ana Luisa Baquero

Archivo General de la Región de Murcia

Archivo Prensa Española

Archivo Tani. Yecla

Ayuntamiento de Yecla

Ayuntamiento de Monóvar

Casa-Museo Azorín. Fundación Caja Mediterráneo

Cecilia Belchí Arévalo

César Augusto Asencio

César Sánchez Pérez

Liborio Ruíz

María José Vila

Miguel Ángel Lozano Marco

MUBAG. Diputación de Alicante

Xavier Rius Xirgu

A2onís

LA FAMA PÓSTUMA

Azorín, seudónimo de José Martínez Ruiz, significa 'azor', ave diurna de tranquilidad, sencillez y finura. Palabras que parecieran describir la prosa y la personalidad de este levantino de alma yeclana. Su prosa serena y su personalidad silenciosa, sólo interrumpida por la rotundidad de su escritura, se encuentra llena de vida y de verdad honesta.

Azorín llevó siempre en su corazón la tierra de su padre, nuestra querida Yecla. Allí vivió durante ocho años, y sobre ella escribió palabras tan bellas como estas: *"... Yo amo Yecla (...) aquí sentí que por primera vez entraba en mi alma una ráfaga de honda poesía (...) aquí se formó mi gravedad castellana (...) es donde pasé los ocho mejores años de mi vida"*.

Azorín habla en sus escritos de la hermosa Región de Murcia, desde Yecla, Blanca, o algunas calles de Murcia, como Platería: *"A la luz del crepúsculo, toda la intensidad, toda la sonoridad de estas calles parece que se intensifica y redobla. No es una calle, es el corredor de una casa"*. *"¿Cómo estará ahora aquella tierra lejana de Murcia? El aire será transparente y cálido; un azul purísimo, como de tersa seda, se extenderá por todo el cielo"*.

Dicen que uno no es de donde nace, sino donde descansa su corazón. Por eso es justo devolver a Murcia un hombre cuyo corazón volcado en las letras habló con tanta añoranza de nuestra tierra. Para siempre quedó nuestra Región detenida en sus inolvidables escritos y allí permanecerá siempre, de la única manera capaz que hay de ganarle la batalla al tiempo, a través de las letras. Decía Azorín que del pasado dichoso solamente conservaríamos el recuerdo. Gracias por dejarnos la Región de Murcia en el recuerdo a través del legado de tus palabras.

Miriam Guardiola Salmerón
Consejera de Turismo y Cultura

Que Azorín es un autor clásico, nadie lo duda. Que Azorín es un clásico moderno, presente en nuestras estanterías, tampoco. Esta exposición, organizada con motivo de la primera Semana de las Letras de la Región de Murcia, da cuenta de ello, con mensajes claros sobre su aportación como escritor, periodista, autor teatral, cuentista, crítico cinematográfico, cronista parlamentario, que vivió casi cien años en busca de una fama que, finalmente, llegó a consolidar.

El autor de La Voluntad, es un escritor universal. Sus obras han sido y están siendo traducidas a idiomas que ni el propio Azorín llegó a imaginar: chino mandarín, serbio, alemán, japonés, griego, portugués, italiano, francés, valenciano... Por eso nos llena de satisfacción traer a Murcia una pequeña parte de su Legado, custodiado en la Casa-Museo Azorín de Monóvar y perteneciente a la Fundación Caja Mediterráneo.

Este Legado es fruto de una decisión firme de Azorín, pero también de muchos años de trabajo intenso por enriquecerlo y difundirlo en los círculos científicos más importantes, las Universidades de medio mundo, con Congresos y Seminarios que han ido profundizando en los diversos ejes de su figura poliédrica, hasta conseguir adentrarnos en facetas íntimas del escritor, entre las cuales sobresale su labor humanística a lo largo de su longeva vida.

El año pasado se conmemoró el 50 aniversario de su fallecimiento con una variada actividad popular y docente. Ahora, queremos mostrar parte de esta labor mediante esta magna exposición denominada Azorín. La fama póstuma, dentro de un marco ideal, dedicado a las Letras, aspecto ligado a Azorín, desde los 16 a los 94 años. Además, se ha incluido un apartado ahondando en el nexo del escritor con la Región de Murcia. Nada raro si pensamos que "su espíritu" se formó en Yecla, donde permaneció interno ocho años y de donde era su padre, Isidro Martínez Soriano.

Hablar de Azorín y Murcia es hacerlo de su obra (La Voluntad, Antonio Azorín, El Político...), pero también es recordar sus artículos sobre Saavedra Fajardo, Juan de La Cierva, Pedro Cerdán, el Convento de Santa Ana en Jumilla, San Isidoro, Vicente Medina, Federico Balart, José Selgás, Fernández Caballero, Isaac Peral, Ricardo Codorniú, Julián Romera, el Conde de Floridablanca, su familia, sus amigos, José Luis Castillo Puche, el Padre Lasalde, los amaneceres de Yecla, sus sensaciones al llegar, en ferrocarril, a Murcia y pasear por la calle Platería... Mil y una experiencia personal que supo, como pocos, plasmar en unas cuartillas que han pasado a ser intemporal.

Por eso esta Muestra ha de ser cercana a todos los que amamos la buena Literatura, con mayúscula, porque Azorín es universal, sí, claro, pero también es muy nuestro.

Mi agradecimiento a cuantos han hecho posible esta Exposición que no dejará indiferente a quienes la visiten porque Azorín es, ante todo, un escritor del que siempre se aprende.

Clemente García García
Vicepresidente Primero de la Fundación Caja Mediterráneo

Ramón F. Llorens García
Universidad de Alicante

José Payá Bernabé
Casa-Museo Azorín

En 2017 se cumplen cincuenta años del fallecimiento de José Martínez Ruiz, Azorín, autor de «una de las más bellas y originales creaciones de la literatura española», en palabras del profesor Miguel Ángel Lozano Marco. Considerado un clásico moderno y una destacada figura en la renovación del panorama literario, la obra de Azorín se caracteriza por la belleza y por la originalidad de su estilo. Un autor clásico, afirmaba, es «un reflejo de nuestra sensibilidad moderna. La paradoja tiene su explicación: Un autor clásico no será nada, es decir, no será clásico, si no refleja nuestra sensibilidad». Esta idea azoriniana de la necesaria evolución de la sensibilidad es la que ha predominado en la exposición. Azorín es un clásico moderno. Para apreciar la belleza de su obra «no es necesario más que poseer un mínimo de sensibilidad y estar libre de prejuicios», afirma Lozano.

Cuando en el año 1904 se publicó «La fama póstuma» en el diario *España* —recogido posteriormente en *Los pueblos* con el título de «Epílogo en 1960»—, el autor señalaba de manera humorística el lugar del escritor tras el paso del tiempo: una huella apenas perceptible en un libro del que fue propietario; un escritor al que ni siquiera

los habitantes de su pueblo que consultan el libro, recuerdan. Afortunadamente, en la actualidad, aquel escritor del que hablaba Azorín no ha sido olvidado, más allá de su invisibilidad en las lecturas prescritas de la enseñanza obligatoria.

Esta exposición, dividida en cinco secciones, ofrece una panorámica introductoria a la modernidad del autor. En la primera de ellas, las pinturas y esculturas de Ricardo Baroja, Adelardo Parrilla, Rafael de Penagos, Ignacio de Zuloaga, Daniel Vázquez Díaz, Eusebio Sempere y Sebastián Miranda muestran las distintas etapas vitales de José Martínez Ruiz, Azorín. La relación con artistas, escritores e intelectuales y algunos de los autores que le influyeron forman parte de la segunda sección; En la tercera, las cartas, fotografías, libros, periódicos, acompañan el recorrido por su pensamiento, por su forma de ser y de escribir; se destacan sus objetos, su máquina de escribir *Underwood*, su escritorio... la importancia que para él tiene la aprehensión de la realidad. Ahondando en esta idea, la cuarta sección presenta los paisajes y tipos de Carlos de Haes, Joaquín Sorolla, Aureliano de Beruete, Adelardo Parrilla, Benjamín Palencia que, junto a los textos, muestran su característica visión del paisaje. Finalmente, en la quinta sección, se trata del «clásico moderno», de los géneros y del interés por el cine, por las memorias. Una antología de textos azorinianos complementa las cinco secciones, que invitan a seguir leyendo al escritor alicantino.

Comisarios exposición *La fama póstuma*



LA FAMA PÓSTUMA

LA FAMA PÓSTUMA

Azorín

El siguiente texto fue publicado en el diario *España* (17-IX-1904) con el título «La fama póstuma». Posteriormente, fue recogido en *Los pueblos* (1905) como «Epílogo en 1960»



En 1904 el ilustrador y caricaturista de *Blanco y Negro*, Francisco Sancha, realiza este dibujo en el que imagina a Azorín 60 años después.

La fama póstuma

Epílogo de 1960

- *T is for high-treason quot a very Little man, whispering as low as he could to a very tall man that stoot next him.*

- *Or else for murder -; quoth the tall man.*

- *Well thrown, Sice-ace!- quoth I.*

- *Es algún reo de alta traición—dijo lo más bajo que pudo un hombrecillo al oído de un hombre recio.*

- *O acaso—replicó este—algún asesino.*

- *¡Bien acertado, señores!—exclamé yo.*

(Sterne, Tristram Shandy, capítulo CCVIII).

- ¿Qué quiere decir esto de Azorín?

Rafael, he cogido un libro del estante, he leído en el tejuelo: La Bruyère, Les caracteres, y luego abajo: Azorín, y se ha vuelto hacia don Pascual para preguntarle qué significa esta palabra.

- Es - dice don Pascual - un escritor que hubo aquí hace cincuenta o sesenta años. Yo no le conocí; pero se lo he oído contar a los viejos.

- ¿Era de aquí ese escritor? - pregunta Rafael.

- No sé - contesta don Pascual -; creo que sí; este libro debió de ser de él.

- Y ¿cómo lo tiene usted?

- Probablemente él tendría una biblioteca que, con el tiempo, se desharía, y este libro vino a parar aquí.

- Y ¿dice usted que se llamaba Azorín?

- No; el nombre era otro; esto era un pseudónimo. Se llamaba...

Don Pascual permanece silencioso, absorto un momento tratando de sacar de los escondrijos de

su cerebro el nombre de este escritor; pero no lo consigue.

- No recuerdo - dice al fin, cansado de pensar -; pero este nombre es el que usaba siempre en sus escritos.

Rafael, que es un poco aficionado a la literatura, se queda pensativo.

- Es extraño - dice -. ¿De modo que en este pueblo hemos tenido un escritor?

- Yo creo que tenía antes por aquí uno de los libros que publicó - dice don Pascual.

- ¡Hombre! - exclama Rafael -. ¿Conque publicaba libros? Entonces era un escritor de consideración...

Don Pascual se sube a una silla y va registrando los volúmenes del estante. Rafael también se sube a otra silla y revuelve libros grandes y chicos. De pronto, entra don Andrés, se para un momento en el centro del despacho, mira a don Pascual, mira a Rafael, sonrío, da unos golpecitos con el bastón en el suelo, y dice:

- ¡Bravo! ¡Bravo! Hoy están ustedes entregados a la literatura...

- ¡Hola, don Andrés! - dice Rafael.

- Estamos buscando un libro de aquel escritor que hubo aquí que se llamaba Azorín - añade don Pascual.

- ¿Azorín? ¿Azorín? - pregunta don Andrés, que no había oído hablar sino muy vagamente de este personaje -. Sí, sí, un escritor que vivió aquí hace muchos años. Sí, señor; sí, sí...

Y da tres o cuatro golpecitos más en el suelo con el bastón.

- ¿Usted recuerda, don Andrés, qué libros son los que publicó este escritor? - pregunta don Pascual.

- ¿Dice usted libros? – replica don Andrés-. Pero ese Azorín, ¿no fue un autor dramático?
- No – contesta don Pascual -; yo aseguraría que fue novelista. Años atrás andaba por aquí un libro de él, que yo le vi leer algunas veces a mi padre; pero debe de haberse perdido.
- Sí, sí – afirma don Andrés-; yo recuerdo haber visto aquí algunas veces ese libro. Su padre de usted decía que él había conocido a Azorín...
- Mi padre era de su misma edad – dice don Pascual-; Él me decía que había hablado con él muchas veces en el jardín del Casino viejo.
- Pero ¿vivía aquí siempre? – pregunta Rafael.
- No – contesta don Pascual-; su familia sí vivía aquí; pero él pasaba largas temporadas en Madrid y solía venir al pueblo los veranos.
- Yo tengo idea – observa don Andrés – de que vivía en la calle de la Fuente, en la casa que hace esquina a la del Espejo.
- No, no – contesta don Pascual -; no, él vivía en la calle de los Huertos, en la casa que hoy es de don Leandro.
- No es eso lo que yo le oí a don Frutos, que le trató también mucho – replica don Andrés -. Don Frutos decía que él vivía en la calle de la Fuente, donde hoy vive don Bartolomé, el médico... Don Fulgencio entra.
- ¡Caramba! – exclama don Fulgencio -. Les veo a ustedes discutiendo terriblemente.
- ¿Usted sabe, don Fulgencio, dónde vivió Azorín? – le pregunta don Pascual.
- ¡Orden, orden! – exclama don Fulgencio, asegurándose las gafas sobre la nariz -. Ante todo, ¿se refieren ustedes a un escritor que hubo en este

pueblo que se llamaba así?

- Sí, señor – contesta don Pascual -; estábamos aquí diciendo si este Azorín era novelista o autor dramático...
- ¡Orden, orden! – torna a repetir don Fulgencio -. Conviene no confundir a este escritor, que se firmaba así, con otro que hubo años después, y que escribió algunas obras para el teatro. Yo tengo entendido que Azorín estuvo en algunos periódicos de Madrid y que, además, publicó un libro de versos.
- ¿Dice usted de versos? – pregunta Rafael, que ha escrito algunas poesías en un seminario de la provincia.
- Sí señor, de versos – afirma con una profunda convicción don Fulgencio.
- Entonces, ¿ese libro de versos será el que andamos buscando aquí?
- Perdón – dice sonriendo don Pascual -; yo respeto las opiniones de ustedes; pero creo que el libro que yo he visto años atrás era de prosa.
- No, señor, no – afirma con la misma convicción de antes don Fulgencio -. Ese libro es de versos; yo lo he tenido muchas veces en mis manos.
- Mire usted, don Fulgencio, que yo me acuerdo muy bien de lo que he visto – se atreve a decir don Pascual.
- ¡Caramba! – exclama don Fulgencio, dolido de que se ponga en duda sus palabras -. ¡Si estaré yo seguro de que eran versos, cuando llegué a aprenderme algunos de memoria! Si le aprietan un poco a don Fulgencio, este señor es capaz de hacer un esfuerzo y recitar una poesía de Azorín; pero don Pascual, que le respeta, no lle-

ga a ponerle en ese trance. Don Pascual se contenta con volverse hacia don Andrés y preguntarle:

- Y ¿usted que opina? ¿Recuerda usted si era de versos o de prosa el libro de Azorín?
- ¡Hombre! – exclama don Andrés, que no quiere disgustar a don Pascual ni ponerse mal con don Fulgencio, y que, en definitiva no ha visto nunca la obra de Azorín-. ¡Hombre! Yo tengo un cierto recuerdo de que era en prosa. Pero al mismo tiempo recuerdo también haber oído recitar algo de Azorín, así como versos...

Rafael, durante esta breve discusión, ha continuado buscando el libro en los estantes.

- ¿No lo encuentra usted? – le pregunta don Pas-

qual.

- No – contesta Rafael –; pero me voy a llevar este. Y se guarda un libro en el bolsillo para desquitarse de este modo de sus pesquisas infructuosas.

Un reloj suena las cuatro.

- ¿Dónde vamos esta tarde? – dice don Fulgencio -. ¿A la Solana o al huerto del Herrador?

- Iremos al huerto y veremos cómo marchan los membrillos – contesta don Andrés.

Y todos salen.

Azorín (*España*, 17 de septiembre de 1904)



SUS RAÍCES

Azorín

A
mi admirado Azorín
le lleva el último número
un abono de amistad imprescindible

Altamira



CANDIDATURA DE COALICIÓN
de la
IZQUIERDA REPUBLICANA Y SOCIALISTA
PARA DIPUTADOS

Juan Botella Asensi.
Carlos Esplá Rizo.
Manuel González Ramos.
Julio M. López Orozco.
Rodolfo Llopis Ferrándiz.
J. Martínez Ruiz (Azorín).
Antonio Pérez Torreblanca.
Antonio Rodríguez de Vera



Gabriel Miró y Pepe, desayunando en el comedor de casa, en Monóvar.

A
maestro Azorín,
a quien tanto debo,
a quien tanto debo

Gam Gil-Albert
Mayo 1964.



Rafael Altamira

PUERTA DEL SOL 3
Teléfono n.º 878
MADRID.

A su amigo y paisano D. F. Miró
Buenos Aires

Altamira

CUENTOS DE LEVANTE

«La última impresión que tenemos de Alicante es la siguiente: era la primavera, el día estaba claro; en las primeras horas de la tarde tomamos un tren para ir a Murcia. Debíamos costear el mar (...). El tren iba marchando. El ambiente tenía una luminosidad espléndida, maravillosa. Desde la ventanita del tren se veía: primero, un extenso campo sembrado de flores amarillas; luego, el azul intenso del mar; después, un poco a la izquierda, la mancha blanca de la ciudad; por encima de todo, el otro azul intenso del cielo. Amarillo, azul y blanco era lo que nuestros ojos veían, lo que no se cansaban de mirar. ¡Y qué transparencia! ¡Y qué diafanidad!».

Azorín («Alicante». *La Vanguardia*, 1917)

«Desde que nos vimos en el Ministerio despertó la amistad de Azorín. Todo el invierno ha luchado en beneficio de mi obra y de mi nombre (...) Con él pasé dos días en su casa solariega. De ningún otro escritor he recibido tantas pruebas de amistad fraternal (...) Desde Madrid me escribe Azorín obstinándose en que la Academia ha de desagaviarme, y hasta entonces no practicará su cargo de académico».

Gabriel Miró. *Carta dirigida a Carlos G. Espresati*, (7 de julio de 1927).

Leyendo a Azorín se pueden sentir las raíces e idiosincrasia alicantinas – paisaje, literatura, historia, arte, gastronomía, costumbres... – en su historia y en sus espacios.

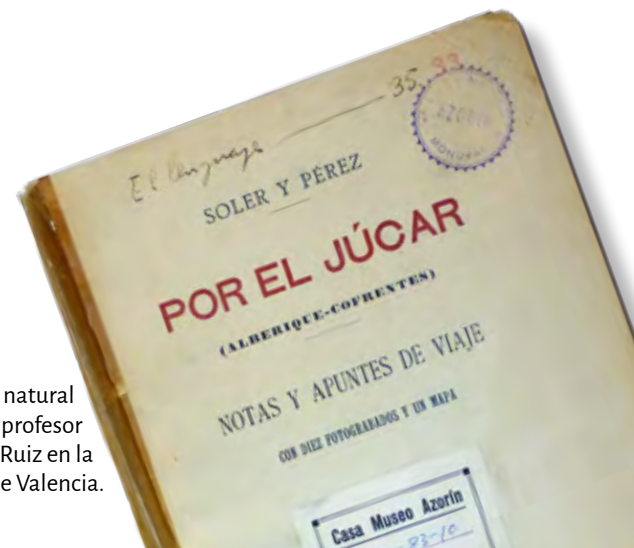
Martínez Ruiz entra en contacto con la Escuela de pintura que funda, en Alicante, Lorenzo Casanova. Del grupo forman parte López Tomás, Adelardo Parrilla

y Luis Pérez Bueno, a quien prologa, en 1899, su libro *Artistas levantinos*. Con Gabriel Miró, sobrino de Casanova, entabla una larga amistad. Lo propone, infructuosamente, para su ingreso en la Real Academia de la Lengua. De su obra *Años y leguas* afirma que se trata de «una obra capital de nuestras letras [que] marca una época en nuestro pensamiento literario».

Altamira o Juan Gil-Albert también gozan de su atención y respeto. Este último le dedica, en 1964, su libro *Concierto en mi menor*: «Al maestro Azorín, a quien tanto debo, a quien tanto debemos».

Se ha de destacar su interés por el valenciano. En 1929, incorpora más de 60 vocablos, típicamente monoveros, a su obra *Superrealismo*. En 1960, en *Ejercicios de castellano* escribe: «Cada idioma tiene sus ternuras, sus dulzuras. No hay que temer la contaminación de los idiomas. Yo creo que un idioma se beneficia con el roce de otro idioma. El castellano se ha corroborado y acendrado en mí, primero con el valenciano, luego con el francés. El valenciano tiene su medida y su sabor; la concisión del valenciano se ve cuando se compara, texto con texto, con otro idioma; el sabor se gusta cuando se lee la *Rondalla de rondalles*, de fray Luis Galiana».

Eduardo Soler, natural de Relleu. Fue profesor de J. Martínez Ruiz en la Universidad de Valencia.



COETÁNEOS

Azónia

A mi querido amigo
Martín Ruiz
Tratamiento
Pío Baroja

FLOR DE MAYO

A J. Martínez Ruiz
el más revolucionario y
original de los escritores
y españoles
su compañero
Vicente Plascas
Blanco

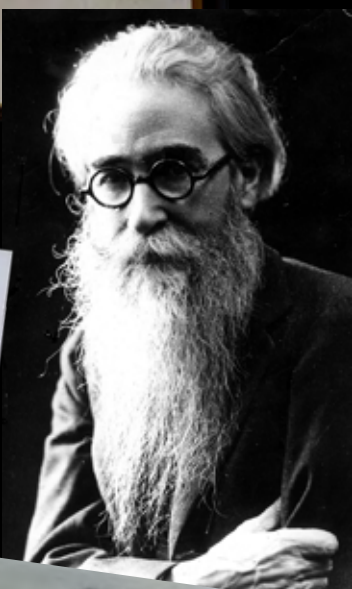


A mi querido amigo J. Mar
Ruiz Ruiz
Pío Baroja

MINIMO DE PERFECCION

A José Martínez Ruiz
(con el Sr. Baroja)
con un abrazo
su amigo
Adolfo de Alarcón

POESÍAS



RAMON PEREZ DE AYALA

LA PAZ DEL SENDERO

Para Martínez Ruiz, con
mucho cariño y admiración
Pérez de Ayala

A mi querido amigo
J. Martínez Ruiz.
Recuerdo cariñoso
- de sus admiraciones y
agraciados - de su
J. R. Jiménez

ARIAS TRISTES

Madrid. 1904



«Puedo decir que desde la cuna he sido yo escritor». Azorín («Los últimos momentos». *La Prensa*, 1944)

«La amistad con Pío Baroja no ha tenido ningún bajío. Ausente o presente, siempre hemos tenido uno para el otro afecto y respeto. Baroja es sencillo, franco y sin afección. Lo que hace, lo hace sin énfasis. He viajado con él y ha estado unos días en mi casa de Monóvar». Azorín (*Ante Baroja*, 1944)

El 23 de noviembre de 1913, Azorín es objeto de un homenaje en Aranjuez, organizado por José Ortega y Gasset y Juan Ramón Jiménez. A este acontecimiento se suma la mayor parte de la intelectualidad literaria del momento en señal de adhesión al escritor por no haber logrado ingresar en la Real Academia Española. Entre los integrantes de este homenaje despunta un grupo de literatos que se habían situado en la vanguardia intelectual y progresista de finales del siglo XIX y comienzos del XX: Pío Baroja, Maeztu, Unamuno, Benavente, Antonio Machado, Valle-Inclán, Ortega, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Martínez Sierra, José María Salaverría, Eugenio D'Ors, Pedro Salinas, Jorge Guillén o José Moreno Villa. Escritores como Juan Varela y Benito Pérez Galdós también se unieron a esta conmemoración, mediante sendas misivas. Azorín, finalmente, logró ingresar, en 1924, en la Real Academia Española.

El autor de *Charivari* siempre se mostró generoso con los jóvenes escritores. Ejemplo de esto es sus artículos en pro de la obra de Rafael Alberti, Guillén, Salinas, Dámaso Alonso, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela o Carmen Laforet.

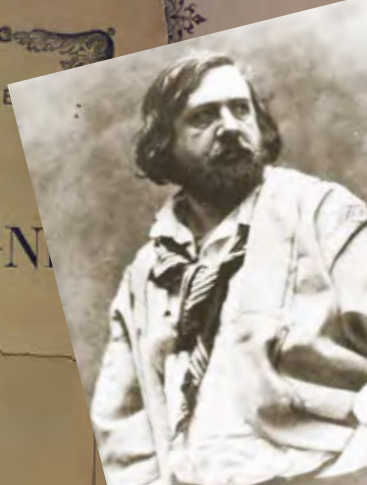
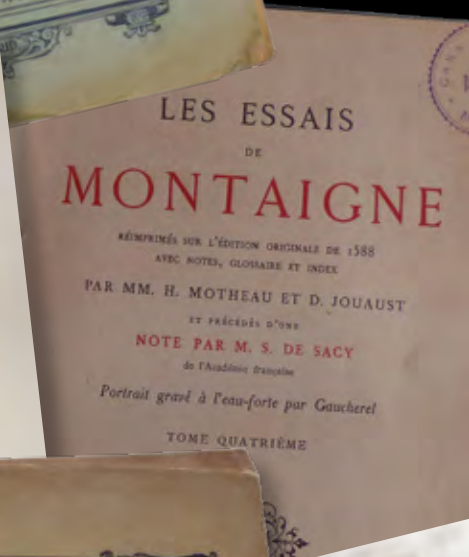
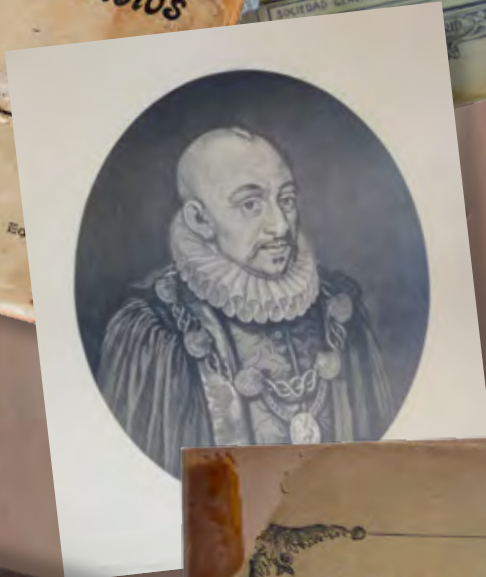
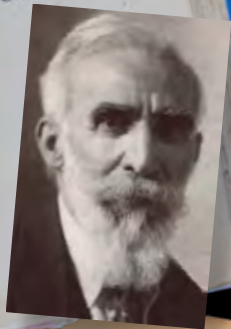
«Cuando gentes de fino oído histórico – dentro de un siglo, de dos siglos – perciban la ominosa, increíble abyección intelectual y moral de esta España de ahora, el gesto sobrio, tembloroso, humano, emocionado con que el arte de Azorín se eleva sobre tan ruin fondo, parecerá un milagro del espíritu». Ortega y Gasset, (*El espectador*, 1917)



Azorín con los fundadores de la revista *España*. De izquierda a derecha: sentados, Pérez de Ayala, Luis Bilbao, Ortega y Gasset, Pío Baroja y Azorín. De pie, Penagos, Juan Guixé, Bagaría, Luis de Zuleta, Luis Bello, Pittaluga, Fernando Marco y José Ruíz Castillo.

INFLUENCIAS

Azorín



«¿Quién podrá conocer y explicar todas las influencias que obran sobre el escritor? Influye el escritor en el escritor; influyen las obras en las obras: influyen las cosas; influyen los mismos animales domésticos a quienes estimamos. [...] El misterio del escritor no lo penetrará jamás nadie. El misterio de la obra literaria no será jamás por nadie enteramente esclarecido. Sin influencias no hay obras. Sin injertos no hay en el árbol fructuoso fecundidad». Azorín (*El escritor*, 1942)

«Larra es acaso el hombre más extraordinario de su siglo, (...) Fueron en él acordes la vida, la obra y la muerte». Azorín (*La Voluntad*, 1902)

«Yo no leo a Montaigne; lo releo por tercera, por cuarta, por quinta, por sexta vez. Pocos filósofos hay que puedan soportar esta prueba; pero Montaigne no es un filósofo de lo abstracto, de lo confuso, de lo oscuro, de lo ininteligible, de lo inescrutable, de lo fantástico; Montaigne es un filósofo de lo concreto, de lo menudo, de lo trivial, del detalle prosaico, de lo que vemos y palpamos todos los días en la casa y en la calle». Azorín (*Antonio Azorín*, 1903)

«Y en Valencia aprendí yo solo el francés en Baudelaire y el italiano en Leopardi». Azorín (*Valencia*, 1941)

Azorín no solo es el periodista y escritor que rescata los clásicos españoles, sino que también tuvo un papel clave en la difusión cultural de autores europeos en sus libros y artículos en la prensa. Nietzsche, Maeterlinck,

Schopenhauer, Montesquieu, hermanos Goncourt, Rodenbach, Montaigne, Baudelaire, Leopardi, Stendhal, Cervantes, Balme, Baltasar Gracián, Teresa de Jesús, Juan Luis Vives, Saavedra Fajardo son, entre otras, lecturas e influencias fundamentales en Azorín, sin las que es imposible abordar y comprender el mundo estético azoriniano.

Su defensa y reivindicación de la modernidad literaria y filosófica europea fue absoluta, e incluso se inspira en el modelo de Laurence Sterne, Richard Ford, John o Théophile Gautier para sus crónicas de viajes en *La ruta de Don Quijote* o el viaje por los balnearios que integrarían la recopilación *Veraneo sentimental*.

Trabaja para diarios como *La Campaña*, de París, y *La Prensa* de Buenos Aires, de un carácter internacional en el que Azorín realiza tareas de divulgación cultural. Un periodista comprometido, un intelectual que, además, mostró una especial sensibilidad por Francia (son numerosas las referencias a autores franceses como Molière, Chamfort o La Fontaine).

Azorín fue un autor que divulgó la cultura europea a España. Lo hizo leyendo sus libros; lo hizo en sus crónicas de viaje a París o Londres; lo hizo hablando de las obras en la prensa española y lo hizo estando atento a cuanta novedad literaria se produjera en Europa para estudiarla y darla a conocer en España.



EL PAISAJE

Azorín



Yecla

— Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*... Es una emoción completamente, casi completamente moderna.

(*La voluntad*, 1902)

Aureliano de Beruete
Paisaje de Guadarrama, 1904



Carlos de Haes
La noria. Hacia 1862

El Viaje de Gautier, fue para los escritores de 1898 una revelación; fue la revelación de España, de sus ciudades viejas, de sus monumentos, de sus campiñas. ¡Cómo en las excursiones a Toledo se leían fervorosamente las páginas de Gautier dedicadas a la gloriosa ciudad! La generación del 98 trajo al arte el sentido, hondo y entusiasta, del paisaje y de las ciudades españolas. Pero ¿es que no había antecedentes serios y continuados de este sentir? Los había; existía toda una tradición. Théophile Gautier, con su Viaje, y muchos años después de publicado, aviva poderosamente en un grupo de escritores españoles el amor a su Patria y el ansia de conocer su Patria. Una corriente iniciada por el romanticismo (en literatura y en pintura) es reforzada con ahínco por el libro de Gautier. Un literato francés ha operado tal obra bienhechora y patriótica. España se ha conocido mejor a sí misma. Y esto es lo que a Francia deberemos siempre, entre otras cosas, los españoles. Azorín («Francia. Hispanistas : Gautier», ABC, 1916)

La experiencia viajera, entendida como excursión o viaje, es el modo en que la llamada generación del 98 descubre el «cuerpo físico» de España —el paisaje—, y su «alma» —paisanaje y lenguaje—. El precedente inmediato es la Institución Libre de Enseñanza y su figura más relevante, Francisco Giner de los Ríos. Escritores como Pío Baroja, Unamuno, Ciro Bayo, Azorín, o pintores como Regoyos o Solana ofrecen una nueva perspectiva en la observación-contemplación del paisaje. Coinciden los autores de esta época en la réplica a los viajeros-escritores extranjeros por España y, al mismo tiempo, en la necesidad de crear una literatura de viajes española por España que muestre y profundice en la «esencia» del país. Los viajes que realizan se publican

periódicamente en la prensa y posteriormente se recopilan en libro; con estas crónicas dan testimonio de la situación del país y dar a conocer su faceta invisible: los viejos pueblos, los paisajes, los habitantes, la intrahistoria. La visión del paisaje es una de las aportaciones de la denominada generación del 98.

En una primera época, Azorín describe el paisaje de España como un «dolorido sentir», como denuncia de la realidad social; en la segunda, el paisaje es fruto de la contemplación y recreación estéticas; en él se reflejan la intrahistoria, el presente y el pasado español, sus figuras literarias. El escritor se refugia en la literatura. Su visión se vuelve menos polémica y más artística. Es el momento de la exaltación lírica, de la ensoñación, de la «invención de España». Y es, precisamente, Castilla la que despierta el «dolorido sentir» y la contemplación emocionada de Azorín.

«La España invisible es la España de estos pueblecitos sencillos, pobres, en que nadie repara y que poseen un ámbito profundo, especial. La España de esta iglesita de paredes desnudas, con sus capillas en que los muros tantos y tantos anhelos han represado. La España de este jardín, casi abandonado, en que los cipreses y los laureles se entrelazan; en el otoño, el agua verdinegra del estanque se cubre de hojas secas; al fondo se divisan los cristales rotos de un caserón. La España de este corredor de un convento; de un convento fundado acaso por Santa Teresa; las paredes son nítidas; las puertas de las celdas se abren a un lado, y enfrente, por las ventanas, se ve un patizuelo con sendas columnas, y en el centro, el brocal de un pozo».

Azorín («La España invisible», *La Prensa*, 1928).

AZORÍN

Al tiempo que Azorín contempla España, hay paisajes sentimentales que están directamente relacionados con su biografía personal. Seis lugares que, de distinta manera, acogieron al escritor alicantino: Monóvar, Yecla, Petrer, Valencia, Madrid y París.

MONÓVAR

«La ciudad ha despertado. Tintinea a lo lejos una herre-
ría, y unos muchachos se han sentado en una esquina
y tiran contra la pared, jugando, unas monedas. El sol
reverbera en las blancas fachadas; se abre un balcón
con estrépito de cristales. Y luego una moza se asoma
y sacude contra la pared una escoba metida en un
pequeño saco. Cuatro o seis palomas blancas cruzan,
volando lentamente; al final de la calleja, bañada por
el sol, resalta la nota roja de un refajo. Y en el horno
cercano comienza el rumor de comadres, que entran y
salen con sus tableros en la cabeza. Se percibe un grato
olor a sabinas y romero quemados; una blanca columna
de humo surge del tejado terrero; parlan a gritos la
hornera y las vecinas. Y una campana tañe, a lo lejos,
con las lentas, solemnes vibraciones».

Azorín (*Antonio Azorín*, 1903)

YECLA

«La ciudad despierta. Las desiguales líneas de las
fachadas fronterizas a Oriente, resaltan al sol en vívida
blancura. Las voces de los gallos amenguan. Arri-
ba, en el santuario, una campana tañe con dilatadas
vibraciones. Abajo, en la ciudad, las notas argentinas
de las campanas vuelan sobre el sordo murmullo de
voces, golpazos, gritos de vendedores, ladridos, cancio-

nes, rebuznos, tintineos de fraguas, ruidos mil de la
multitud que torna a la faena. El cielo se extiende en
tersa bóveda de joyante seda azul. Radiante, limpio,
preciso aparece el pueblo en la falda del monte. Aquí y
allá, en el mar gris de los tejados uniformes, emergen
las notas rojas, amarillas, azules, verdes, de pintores-
cas fachadas».

Azorín (*La voluntad*, 1902)

PETRER

«Petrel es un pueblecillo tranquilo y limpio [...] hay
casas viejas con balcones de madera tosca, y casas
modernas con aéreos balcones que descansan en
tableros de rojo mármol; hay huertos de limoneros y
parrales, lamidos por un arroyo de limpias aguas; hay
una plaza grande, callada, con una fuente en medio y
en el fondo una iglesia. [...] Y un viejo reloj lanza de
hora en hora sus campanadas graves, monótonas».

Azorín (*Antonio Azorín*, 1903)

Monóvar y Yecla conforman el paisaje de la niñez y de la
adolescencia: Monóvar, la tierra nativa, la ciudad apaci-
ble; Yecla, la ciudad adoptiva, adusta; Petrer la ciudad
materna; Valencia es el lugar donde entra en contacto
con las corrientes literarias y filosóficas de la época: lee
a Maeterlinck, Leopardi, Baudelaire; o a pensadores
como Dorado Montero o Kropotkin; Madrid, la conso-
lidación como escritor, donde firma por primera vez
como Azorín y donde transcurre parte de su vejez. Es la
ciudad que refleja el cambio que se produce en su per-
sonalidad al adoptar del pseudónimo como consecuen-
cia de una crisis política y de una crisis personal que se



une a la crisis finisecular de la conciencia burguesa y de la civilización industrial. Frecuenta las tertulias y junto a Ramiro de Maeztu y a Pío Baroja forma el «grupo de los tres». La etapa madrileña es enriquecedora y de una intensa actividad literaria —novelista, crítico, dramaturgo— y política.; París, el exilio, el redescubrimiento de la capital francesa, la incertidumbre.

VALENCIA

«El pretil del Turia me atrae. Quisiera terminar pronto estas letras y marcharme a ponerme de pechos en el pretil. El Turia no pasa caudaloso por Valencia, como pasa el Sena por París. Pero yo estaría largo rato contemplando las aguas, aguas rojizas, que por el centro del cauce van corriendo hacia el mar. Muchedumbre de recuerdos se agolparían en la mente. El agua pasa y la vida pasa. El agua es siempre la misma y varia. Y la vida es siempre varia y la misma».

Azorín (*Valencia*, 1941)

MADRID

«En 1896, una tarde, en un tren lento, llegué a Madrid. Entré a trabajar en un diario; trabajé reciamente; llegaba a la redacción a primera hora, cuando no había nadie; me retiraba con el alba. La retribución era escasa e incierta. No sé de qué modo podría vivir en Madrid; mi vida era austera y mi comer frugal. El Madrid de entonces era un Madrid abigarrado; su centro literario estaba en café de Fornos. Las mesas de mármol de Fornos conocían las blancas cuartillas».

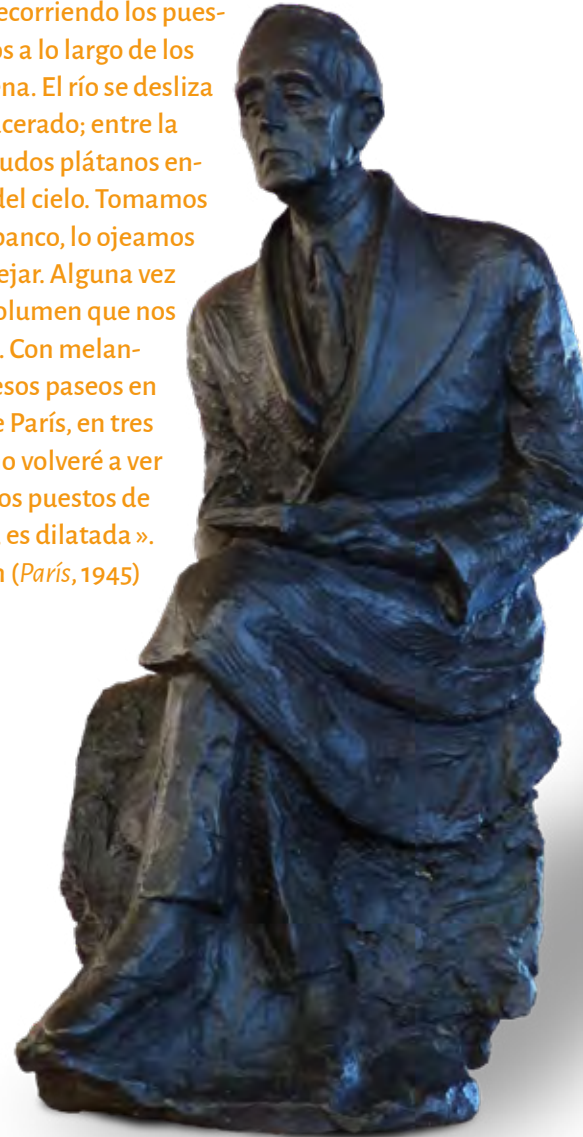
Azorín (*Posdata*, 1959)

PARÍS

«En París hay infinitas librerías; por todas partes se ven libros. La primavera en París es la estación más adecuada para el paseo lento, distraído, meditativo; la temperatura es clemente; el cielo, como casi siempre en París, nos muestra su ceniza; los árboles expanden su follaje en el ambiente dulce. Vayamos recorriendo los puestos de libros viejos a lo largo de los malecones del Sena. El río se desliza manso, de color acerado; entre la fronda de los copudos plátanos entreveremos lo gris del cielo. Tomamos un libro de un tabanco, lo ojeamos y lo volvemos a dejar. Alguna vez compramos un volumen que nos incita a la lectura. Con melancolía rememoro esos paseos en una primavera de París, en tres primaveras que no volveré a ver más. La línea de los puestos de libros, en el Sena, es dilatada».

Azorín (*París*, 1945)

Sebastián Miranda,
Azorín. 1938.
Bronce fundido
50 x 24 x 23 cm.



EL MUNDO DEL ESCRITOR

Azorín

«En aquel tiempo comencé ya a llevar en el bolsillo un cuadernito en que iba apuntando los detalles de lo que veía. Así, años más tarde, al prepararme a escribir la primera de las novelas grandes y tener que describir el despertar de una ciudad, lo primero que hice fue levantarme mucho antes del alba, subir a un cerro, al pie del cual se asentaba la ciudad, a ir anotando, a la luz de una lamparita de bolsillo, todos los pormenores del amanecer, desde momentos antes del alba hasta ya entrada la mañana, pasada la aurora».

Azorín (*Valencia*, 1941)



El mundo del escritor está conformado por el lugar en el que el autor desarrolla su tarea —escritorio, máquina de escribir, biblioteca, objetos—y por todo aquello que forma parte de su proceso de creación —la inspiración libresca, la evocación, la memoria, la literatura, el misterio.

Azorín es un lector-escritor que fundamenta en la lectura parte de su obra. En los libros encuentra motivos, palabras... anota y subraya en ellos los pasajes que le atraen, las ideas que después utiliza en sus escritos. El arte de Azorín hay que entenderlo en su conjunto: las cosas, el paisaje, los libros son piezas de un todo que al encajar, cobran su sentido. El escritor construye su mundo a partir de la aprehensión de la realidad de la que todos los elementos forman parte. Por ello, para Azorín, es posible descubrir el alma de las cosas, la esencia del paisaje, el valor literario, porque «la imagen de la realidad es mejor que la realidad misma». Su creación, se basa en la memoria, en la evocación, en la literatura, en el misterio. La recreación del ambiente español, la importancia de lo vulgar, de lo minúsculo, de lo insignificante adquieren su importancia al ser desvelada la naturaleza profunda de la realidad, su esencia. Su inspiración libresca parte de su bibliofilia. En ella se encuentran los clásicos redivivos, la recuperación de palabras, su precisión. Azorín siente predilección por autores clásicos: Berceo, a Juan Ruiz, a Santa Teresa, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, Moratín, Rosalía de Castro, Bécquer, Larra y Cervantes. Sin embargo, no olvida a autores menos conocidos: Espinel, Salas Barbadillo, Mor de Fuentes, Ros de Olano. Libros de historia, filosofía, arte, sociología, viajes, manuales de literatura, diccionarios de profesiones, literatura francesa, son leídos y releídos por el autor alicantino que recorre las librerías de lance, los puestos de libros, las

librerías de Madrid y los tabancos del Sena en busca de ediciones raras y curiosas. Aquellos pasajes que llaman su atención, subrayados, forman parte en numerosas ocasiones de sus obras.

«Con la lectura de los libros extranjeros aprendí una cosa esencial: la de que toda literatura, sea poema, novela o drama, no puede subsistir si no se apoya en una base auténtica y sólida de realidad. Estudia, artista, la naturaleza y las cosas. Obsévalas atentamente, artista, en todos sus pormenores, matices y cambiantes. Recoge en silencio, como la hormiga en su hormiguero recoge en su nutrimento, las observaciones pacientes que hayas hecho. Y cuando en tu cerebro, en tu sensibilidad, esté todo depositado, haz lo que quieras. Y haz lo que quieras porque fatalmente, sin que tú te des cuenta, pondrás en tu obra ese cimiento de cosas concretas sin el cual la obra se desmorona».

Azorín (Valencia, 1941)

«Qué es un autor clásico? Un autor clásico es un reflejo de nuestra sensibilidad moderna (...) es un autor que siempre se está formando. No han escrito las obras clásicas sus autores; las va escribiendo la posteridad (...) Cuanto más se presta al cambio, tanto más vital es una obra clásica».

Azorín (Lecturas españolas, 1912)





«He hablado ya con un fragüero, un ebanista, un botero, varias zabarcas del mercado, diversos pelantrines de la contorna. Todos hablan propia y exactamente. La lengua castellana atesora casi doble voces que la francesa. Los diccionarios no las registran todas. Hay muchedumbres de voces no catalogadas. En los refranes, por ejemplo, se pueden recoger bastantes. O rico o pinjado. Pinjado no está recibido oficialmente. Ni hazera tampoco. El trigo de hazera, échalo en tu panera. Vocablo usuales son éstos, puesto que los refranes van de boca en boca. La riqueza del español en modismos, frases adverbiales y refranes admira».

Azorín (*El escritor*, 1942)

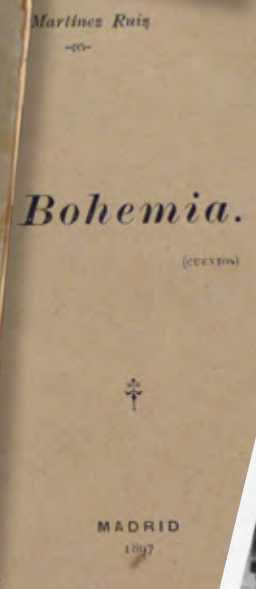
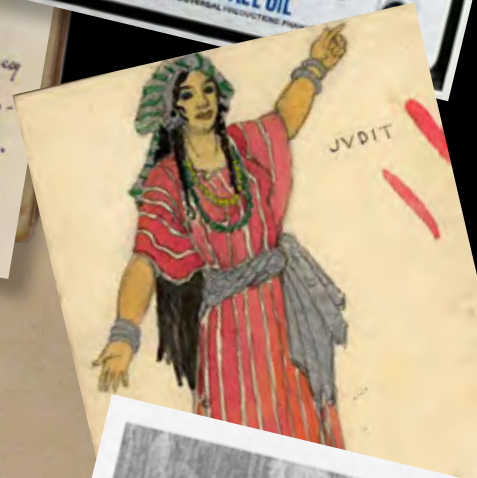
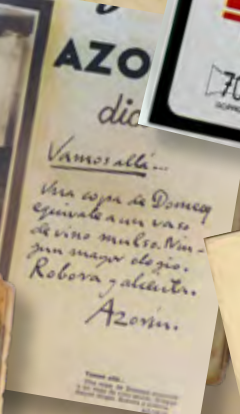
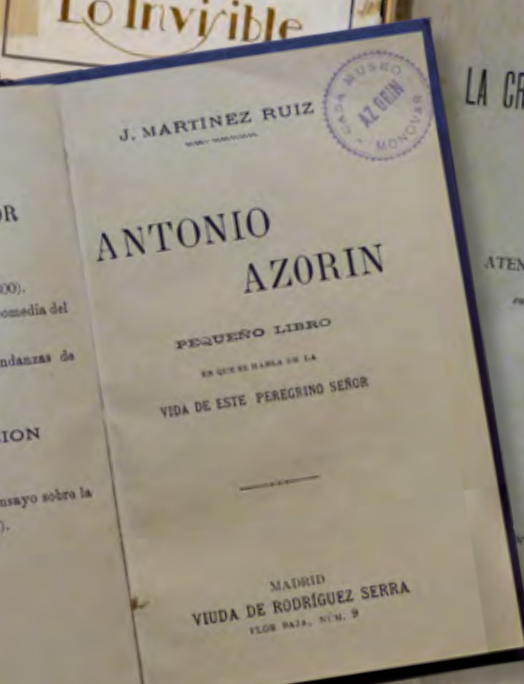
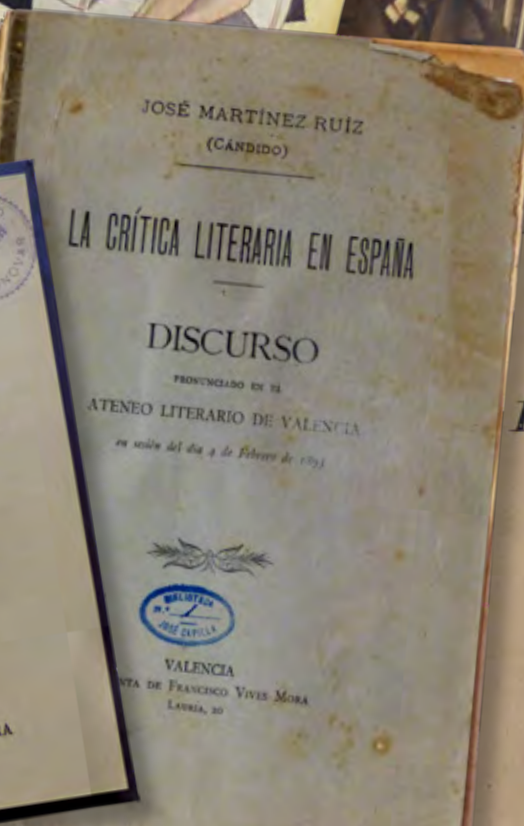
«¿Quién de los que escribimos no siente amor a las palabras? El afán de un escritor [...] es la palabra limpia, concreta, pura, precisa; esa palabra brilla ante nosotros con el destello de una moneda de oro herida por la luz. Las palabras son bonitas en sí; son pintorescas, son tangibles, son musicales; con esas palabras, con ella colas, se hace poesía. Llego, al decir esto, a la última concesión a que yo, tradicionalista en lírica, puedo llegar; llego en mi amor a la poesía lírica en todos sus aspectos, con todos sus componentes y en sus más lejanas consecuencias. Con las palabras solas, sin ideas, han hecho y hacen poesía delicados poetas».

Azorín (*El escritor*, 1942)



UN CLÁSICO MODERNO

Azorín



NOVELA, CUENTO, ENSAYO

«¿Para qué hacer el viaje? Hay un momento en la vida en que descubrimos que la imagen de la realidad es mejor que la realidad misma. No acertamos a decir si este descubrimiento que hacemos en el fondo de nuestra conciencia nos causa alegría o tristeza. [...] La imagen del pueblecito de la sierra de Ávila era mejor que el mismo pueblecito. Allí no quedará ya nada de aquel hombre que habitó en una de sus casas hace ya más de un siglo. Riofrío no nos diría nada; su imagen nos sugiere algo. Pasan los hombres, las cosas... y los lugares. [...] Los lugares son nuestra sensibilidad; un lugar que ha atraído y polarizado la sensibilidad humana, no dice nada cuando el tiempo ha apagado sus motivos de excitación espiritual. [...] Riofrío de Ávila, siendo una realidad, ya no existe. Sólo nos queda, en lo íntimo del espíritu, su imagen. Una imagen de una cosa que no hemos visto nunca; una imagen fugaz, como la de un sueño: una imagen de algo que queremos recordar y no recordamos».

Azorín (Un pueblecito : Riofrío de Ávila, 1916)

Azorín es uno de los grandes renovadores de la novela. Sus quince títulos, sin perder su carácter unitario, reflejan una nueva sensibilidad y un interés por la experimentación. Su novelística puede clasificarse en cuatro etapas: 1901-1904 (*Diario de un enfermo, La voluntad, Antonio Azorín, Las confesiones de un pequeño filósofo*); 1922-1925 (*Nuevas obras: Don Juan y Doña Inés*); 1928-1930 (*Félix Vargas, Superrealismo y Pueblo*); 1942-1944 (*El escritor, El enfermo, Capricho, La isla sin aurora, María Fontán y Salvadora de Olbena*). Al margen de la evolución

evidente, es posible establecer conexiones entre sus novelas de preguerra y de posguerra, entre sus personajes o entre los temas que trata. Puede señalarse su «desinterés por el elemento argumental» con el que el escritor definió su forma de novelar. Desde su primera novela el escritor refleja una nueva sensibilidad en la forma de abordar el género que coincide con la de otros coetáneos. Azorín es un renovador preocupado desde sus comienzos por la experimentación, por la búsqueda de nuevos enfoques en la novela, por su actitud simbolista; se rebela contra el realismo, contra la peripecia argumental y propugna la intensidad, la observación y la indagación en el misterio de la realidad más próxima. Estas características unidas a los «fragmentos de vida» y a la sensibilidad que «se aúna con el alma del mundo» son fundamentos de su novelística. Precursor de lo que posteriormente sería el «nouveau roman», sigue siendo un referente de la modernidad.

Son ocho los libros de cuentos publicados por Azorín (*Bohemia, Blanco en Azul, Españoles en París, Sintiendo a España*, son algunos de ellos), aunque se calcula aproximadamente en cuatrocientos el número de narraciones breves escritas por el escritor alicantino. En el cuento, Azorín combina la tradición de las estructuras propias del cuento y la modernidad. Al igual que en la novela, la intensidad, el misterio y la observación de lo cercano son la base de sus más de cuatrocientos cuentos. En ellos supera las anécdotas argumentales a través de la recreación de «una minucia», del protagonismo de la literatura —personajes, obras—, de los juegos metaficcionales, los finales inacabados, y profundiza en la versatilidad de los géneros: cuento-ensayo y cuento-teatro.

El ensayo es parte sustancial de su obra. La rebeldía,

la estética, la historia literaria, la reinterpretación de los clásicos, están presentes en los ensayos de formación, en los narrativo-descriptivos de madurez o en los evocadores de posguerra. Sus libros de memorias, otro importante apartado de su producción, en gran parte, también son ensayos.

PERIODISMO, TEATRO, CINE

Azorín entiende los periódicos como un soporte directo para provocar y suscitar la reflexión en el lector. Forma parte de una minoría de escritores que ha ido creciendo en las redacciones de los periódicos y que ha sabido sentir la literatura como vida. Una obra amplia con seis mil artículos —, que ha ido prosperando merced a una prosa clara, concisa, breve y poética, tratando de enseñarnos una forma distinta de aprender. Se hace escritor a través de los periódicos. Redacta la primera crónica telegráfica, para un periódico, desde el extranjero y, con su labor de cronista de las Cortes Españolas, realiza una de las más valiosas aportaciones al periodismo del siglo **XX**. Con su carácter innovador, crea un nuevo género.

Concebía el periodismo en base a ser breve; ser claro; exponer una sola idea; no ser erudito; no improperar; contar lo que se ha visto; no tomar el peor partido porque el contrario tome el mejor; insinuación y no exabrupto; reservar lo decisivo y no usar series.

Azorín renueva el teatro español, aunque sus aportaciones no hayan sido debidamente reconocidas. Su experimentación y su conocimiento del género le llevan a realizar propuestas de vanguardia. No solamente escribe teatro —algunas de sus obras llegan a estrenarse— también realiza crítica teatral.

En los años cincuenta, su curiosidad sigue intacta, como muestra su interés por el cine que representa la síntesis de todas las artes.

«He escrito en la mesa común de la Redacción; en ocasiones, en la misma imprenta, a última hora, ya pintando el alba. Me he ejercitado en todos los géneros periodísticos: en la noticia, arte más arduo de lo que se cree, en la ampliación de telegramas, en el artículo de fondo, en la crítica teatral, en la crónica del suceso de actualidad, en la crítica literaria y en los esbozos de costumbres. He conocido a los más notorios periodistas en los últimos decenios del siglo pasado y primeras décadas del **XX**...»

Azorín. (*Gaceta de la Prensa Española*, 1943)



RETRATOS

Azorín



Ignacio de Zuloaga, *Azorín*. 1938.
Óleo sobre lienzo. 120 x 147 cm.



Adelardo Parrilla, *Azorín*. 1898.
Óleo sobre lienzo. 66 x 45 cm.



Ricardo Baroja, *Azorín*. 1900.
Carbón sobre papel. 29 x 40 cm.

«Han pintado mi retrato varios pintores: el primero Ricardo Baroja, en mis tiempos de incertidumbre; luego, Ramón Casas; después José Villegas; después, Joaquín Sorolla; tiempo más adelante, Juan Echevarría; más recientemente, Ignacio Zuloaga.



Daniel Vázquez Díaz, *Azorín*. 1942.
Óleo sobre lienzo. 133 x 100 cm.



Rafael de Penagos, *Azorín*. 1953.
Carbón y grafito sobre papel. 59 x 45 cm.

Y, actualmente, Daniel Vázquez Díaz. ¿Y cuál te gusta más?. El de Ricardo Baroja, un bello pastel, era bonito; estaba allí retratado el autor de *La Voluntad*; debe de estar ese cuadro en poder de algún deudo».

Azorín (Memorias inmemoriales, 1946)

AZORÍN Y MURCIA

Azorín



Azorín en Madrid con Castillo Puche

Sensible y emotivo, el joven Martínez Ruiz no olvidó nunca su formación académica en Yecla, ni sus paseos por la ciudad de Murcia. Desde *Charivari*, en 1897, hasta su última producción literaria, rezuman alusiones o descripciones de sus recuerdos en estas tierras. Medio centenar de sus libros así lo corroboran. Algunos, como *Los Pueblos* (1905), nos invitan a venir a pasearnos por la calle de las Platerías, a la hora del crepúsculo, “cuando la cinta que se ve en lo alto va palideciendo y cuando comienzan a encenderse las luces de las tiendas”. Y, en otros, como *La Voluntad* (1902), centra toda la acción en Yecla, donde se crea su espíritu y permanece interno ocho años. Castillo Puche le denominó “Maestro Azorín, yeclano eterno”. *La Voluntad* sirvió para proyectar Murcia en la España finisecular.

Azorín contó con el afecto de Vicente Medina, Juan de La Cierva, Díez de Revenga, Baquero Goyanes, María Martínez del Portal, Castillo Puche, Antonio de Hoyos, Manuel Muñoz Cortés... así como de numerosos y fieles investigadores provenientes, muchos de ellos, de la Universidad de Murcia.

“¿Cómo estará ahora aquella lejana tierra de Murcia?. El aire será transparente y cálido; un azul purísimo, como de tersa seda, se extenderá por todo el cielo. Habrá en la huerta - como siempre - anchas y pomposas higueras; los azarbes y las acequias bullirán de agua corredera, que acá y allá se espejará brillantemente entre la verdura al recibir los rayos vívidos del sol. Un caminejo torcido y pedregoso subirá por una montaña sin árboles, matizada de rastreras plantas olorosas.”



**MUSEO
ARQUEOLÓGICO
DE MURCIA**

**REGIÓN
MURCIA**
*Comunidad
de futuro*

COLABORA:



2018